

Quevedo *ludens*: la letra del tahúr

Jean-Pierre Étienvre
Universidad de Paris-Sorbonne

El tema del juego en la literatura me interesa desde hace algún tiempo¹. También el tema de la literatura como juego. Tema este último aún más amplio (si cabe) y que ha dado lugar ya, por el ancho mundo de la crítica y de la teoría literaria, a no pocos estudios más o menos ensayísticos². Ambos temas merecen desde luego particular atención en las obras de los grandes autores de los Siglos de Oro de la literatura española. Voy a proponer aquí, como una muestra que espero sugestiva, unos breves comentarios ceñidos a las obras de un autor. Ceñidos, con mayor restricción todavía, al motivo del juego en dichas obras, que no a la índole lúdica de las mismas, puesto que eso daría para mucho, para demasiado tiempo y espacio. No me impediré, sin embargo, empezar por ahí, con algunas reflexiones previas, un tanto inconexas, acerca de ese autor fundamentalmente *ludens* llamado don Francisco de Quevedo.

A nuestro don Francisco, le gustaba jugar, no cabe ninguna duda. Jugar con la pluma, se entiende. Jugar con las palabras. Quevedo era evidentemente (y esa evidencia es una de las que hoy día siguen vigentes) un «tahúr de vocablos», expresión ésta que no es de mi invención, que no procede de mi magín presuntamente obsesionado por el juego. Es una expresión forjada por el mismo Quevedo, no para aplicársela a sí mismo, sino a la «infernál seta [=secta] de hombres condenados a perpetuo concepto, despedazadores y tahúres de vocablos, [que] han pegado la dicha roña de poesía a las mujeres». Esto lo dice en el apartado tercero de las *Premáticas del Desengaño contra los poetas güeros*, para referirse a los excesos del gongorismo y mandar al diablo a las cultas latinipar-

¹ Ver Étienvre, 1987 y 1990.

² Podrá consultarse eventualmente mi propia propuesta (muy ensayística): Étienvre, 1996, vol. I, pp. 31-47.

las³. Pero el propio Quevedo era igualmente, de manera militante y poco académica, un «despedazador y tahúr de vocablos», «volteador de razones»⁴ como el que más. Y, si no fuera porque no le gustaba demasiado autodefinirse, no hubiera dudado en suscribir esta afirmación de su heredero y émulo Torres Villarroel: «soy escritor tahúr, que conozco la mano»⁵.

La letra del tahúr, bajo la pluma de Quevedo, puede (podría, debería) leerse en distintos niveles, teniendo en cuenta la irreprimible propensión lúdica del discurso quevedesco, bien apuntada por Eugenio Asensio: «El placer del juego es inherente a la tarea literaria, especialmente la de Quevedo que perseguía la ingeniosidad con tanto celo como la verdad»⁶. Esa propensión resulta tan fuerte en Quevedo, por lo menos, como en Cervantes o en Góngora, por poner dos casos muy distintos de él y muy distintos entre sí. Pero lo que tienen en común (y comparten con todos los grandes autores, los llamados «clásicos») es que lo lúdico, en ellos, no reside sólo en el enunciado, ni siquiera en la enunciación, sino que estriba en una concepción global de la ficción literaria.

Lo lúdico en literatura abarca desde la alusión (que es la forma más elemental del juego literario, la que solicita una necesaria complicidad: *alludere* es traer al juego) hasta la construcción de una obra de ficción, a la vez al arrimo y al margen de un código literario, es decir, apurando y superando las reglas del juego de la escritura. Abarca, pues, desde la intertextualidad (que viene a ser el nombre, ya postmoderno, de la alusión) hasta la experimentación, que es el modo propio que tiene el auténtico creador de jugarse la vida. Lo expresó perfectamente Jorge Guillén, refiriéndose al poeta de las *Soledades*: «Lo que nos conduce a Góngora es, en definitiva, lo que nos separa de él: su terrible pureza, el lenguaje poético. Bien está así. Valía la pena que alguien se jugase la vida

³ Quevedo, *Prosa festiva completa*, ed. García Valdés, 1993, p. 186.

⁴ Como se sabe, las *Premáticas del Desengaño contra los poetas güeros* están reproducidas en el *Buscón* (lib. II, cap. 3); pero ahí prescinde Quevedo del término «tahúr» (después de «despedazador») y añade, en cambio, la expresión «volteadores de razones» (en la edición de F. Cabo Aseguinolaza, 1993, p. 119). Estos «tahúres de vocablos», por cierto, no han de confundirse con los «fulleros de pluma» evocados por el mismo Quevedo en el mismo capítulo de la misma novela (ed. citada, p. 131), los cuales son unos «hombres de negocios» que se juntan para «poner los precios por donde se gobierna la moneda». Las escrituras de dichos fulleros no tienen nada que ver con las Bellas Letras: no se trata para ellos de jugar con las palabras, sino con las cifras.

⁵ Diego de Torres Villarroel, *El gallo español. Respuestas dadas al conde de Meslay [circa 1725]*, en *Obras*, tomo IV, p. 388, de la edición de Madrid (1794-1799).

⁶ Asensio, 1971, p. 190. Discrepa Asensio de la lectura de Spitzer; véase además, *ibid.*, su comentario sobre el uso (igualmente naipesco) del vocablo *figura* por Quevedo.

a esa carta. Nadie se la ha jugado con más fortuna que Góngora, éxito maravilloso»⁷.

Pero no voy a seguir con esas consideraciones, que pecan de generales. No son en absoluto originales, y huelen mucho a teoría literaria, que además no es mi profesión. Tan sólo he querido evocar, de paso y sin demorarme más, uno de los posibles niveles de reflexión que merece indudablemente la obra literaria de Quevedo. El tema de mi intervención es otro. Se trata de la *letra* del tahúr. No se trata de cazar *ludemas*, practicando un deporte hermenéutico que no creo pueda ser de provecho para nuestro gremio. Para mi propósito, desde luego que no.

Prescindiré por tanto de los ludemas, y sólo observaré al «tahúr de vocablos» en su juego con los juegos. Voy a proponer, pues, un análisis documental, una modesta labor filológica, una cala en un léxico particular: el de los naipes. Vocablos de tahúr, por tanto. No sé si dichos vocablos me autorizan para tomar cartas en este curso muy académico que reúne a tan expertas y expertos quevedistas. Me atrevo, sin embargo, llevado de la mano del pícaro Pablos, quien, a punto de embarcarse a Indias, da al lector sus avisos de fullero⁸. Y traído aquí, además, por el secretario de una recién nacida «Revista de investigación quevediana», oportunamente nombrada *La Perinola*, como homenaje (es de suponer que expreso, puesto que se representa en la portada) a la peonza que sirve para jugar a la suerte, más allá del título de la conocida obrita de Quevedo. Y, de la misma manera que la perinola de verdad (la peonza del juego) tiene varias caras ofrecidas al azar, la letra de Quevedo remite a varias plumas y se ofrece a varias lecturas. Propongo, pues, una lectura de mirón, al pie de la letra, sin más pretensión que brujulear los palos y querer los envites que entrañan los vocablos de tahúr del autor de la *Perinola*.

Pero (para seguir —y terminar— con los preámbulos) cabe formular ante todo una pregunta: ¿era el «tahúr de vocablos» tahúr a secas? La palabra *tahúr*, según definición formulada por Zabaleta en *El día de fiesta por la mañana* (1654), «dice jugador de naipes continuo y desenfrenado»⁹, lo cual no quita que, *lato sensu*, pudiera haber tahúr de otros juegos: por ejemplo, de pelota (está documentado el sintagma) o (¿por qué no?) de perinola (puesto que también se encuentra algún que otro tahúr de dados). ¿Era, pues, el autor del *Buscón*, lo mismo que Pablos al llegar a Sevilla, experto en esa «ciencia vilhanesca» que evoca Cervantes al hablar del patio de Monipodio?

A esta pregunta, imposible de soslayar, es difícil contestar porque carecemos de pruebas documentales como las tenemos, por

⁷ Guillén, 1961, p. 93.

⁸ *La vida del Buscón*, lib. III, cap. 10 (ed. Cabo Aseguinolaza, pp. 220-22).

⁹ Cap. X («El tahúr»; en la ed. de Cristóbal Cuevas, 1983, p. 168).

ejemplo, para el Conde de Villamediana¹⁰. Lo único que podemos aducir al respecto procede de su correspondencia, de un par de cartas dirigidas a Sancho de Sandoval, desde La Torre de Juan Abad, a principios del año 1638. En lo que él llama la «parte de gaceta» de dichas cartas, leemos lo siguiente a propósito de tres barajas que le manda a su corresponsal (dos que tenía en Villanueva de los Infantes y una que tenía en La Torre):

Aquí no hubo más de una baraja de naipes, que como el caudal es de bostezos y váguidos, gustan pocos, y acógense a la chita y a la taba. Yo tenía esas dos barajas, que son de las finas; con esa que estaba aquí, la [*sic*] remito a v. m. y ese bolso de arriero, deseando que se llenen [*sic*] a v. m. de doblones de a ciento cada día diez veces. Y porque se trata de juego, digo que de Madrid han desterrado a don Juan de Gubiría y a don Francisco de Lesma y a don Antonio Portocarrero, porque tenían garitos; y porque jugaban, al de Miralles y al de Palacios¹¹.

Cuatro días después, vuelve sobre el tema:

Ya yo he perdido con esos naipes, pues por traerlos el criado de Villanueva perdí la ocasión de escrebir a v. m. la gaceta que me vino aquella mañana. [...] y guarde [Dios] a v. m., como yo deseo, y dé dicha en pintas con encaje. Al señor don Alonso beso las manos, y que el mismo día que su propio de v. m. se detuvo por los naipes en Villanueva, tuve un propio del duque de Medinaceli desde Sigüela¹².

Puede sorprendernos encontrar aquí, en la «parte de gaceta», un propio (=mensajero) del Duque de Medinaceli puesto en el mismo plano que los naipes. Pero no debe extrañarnos: son igualmente *realia*. En tales *realia* se sitúa momentáneamente (y es lo que aquí nos importa) el mismo Quevedo, el cual está muy al tanto de lo que son «pintas con encaje»¹³ y de quién tiene garito en Madrid, o está desterrado por jugador. Y al respecto merece señalarse (si es fidedigna) una advertencia de su primer biógrafo, Paolo Antonio Tarsia, quien nos dice que don Francisco «siempre que residió en la Corte, porque no le embarazasen los cuidados domésticos el ocio fatigoso de sus estudios, vivió las más veces en posada pública»¹⁴. Si prescindimos de la pequeña contradicción que hay entre el «siempre» y «las más veces» de la frase citada, podemos imaginar que alternaría Quevedo el «ocio fatigoso de sus

¹⁰ Ver Étienvre, 1987, p. 35, nota 10.

¹¹ *Epistolario completo de Don Francisco de Quevedo Villegas*, ed. Astrana Marín, 1946, pp. 406-407 (carta del 30 de enero de 1638).

¹² *Epistolario completo de Don Francisco de Quevedo Villegas*, ed. Astrana Marín, 1946, p. 407 (carta del 3 de febrero de 1638).

¹³ *Cfr.* la definición del *Diccionario de Autoridades*, s. v. *encaje*: «En el juego de las pintas es la concurrencia del número que se va contando con el de la carta: lo que le quita el ser azar en los puntos que lo es, y se prosigue contando».

¹⁴ *Vida de don Francisco de Quevedo y Villegas* (facsimil de la ed. príncipe, Madrid, 1663), 1997, p. 32.